

LA “DESINTEGRACIÓN CIVIL DEL *DEMOS* MODERNO” SOBRE LA NATURALEZA DE LA RUPTURA POLÍTICA EN LAS SOCIEDADES FINANCIARIZADAS¹

“The Disintegration of the Modern *Demos*”. On the Nature of Political Rupture in Financial Capitalism.

Germán Carrillo

gcarrillo@um.es

Universidad de Murcia

Resumen:

La debilitación de los espacios políticos tradicionales ha menoscabado los derechos de la democracia de la ciudadanía política. Frente a la hegemonía del capitalismo neoliberal y su epítome, la financiarización global, se levanta un archipiélago ambivalente de fuerzas sociales. En este trabajo se analiza el proceso sociológico de construcción histórica de los movimientos sociales de emancipación en el contexto noratlántico, a partir de una simbiosis metodológica entre los modelos socioestructurales y microsociales; se plantean los límites de la acción política, así como la morfología, frecuentemente tácita, del nuevo consenso del capitalismo.

Palabras clave: crisis democrática, política contemporánea, movimientos sociales, financiarización social.

Abstract:

The weakening of traditional political spaces has undermined the rights of democracy of political citizenship. Faced with the hegemony of neoliberal capitalism and its epitome, global financialization, arises an ambivalent archipelago of social forces. This paper analyzes the sociological process of historical construction of the social movements of emancipation in the North Atlantic context, from a methodological symbiosis between the socio-structural and microsocial models; the limits of political action are raised, as well as the morphology, often tacit, of the new consensus of capitalism.

Keywords: democratic crisis, contemporary politics, social movements, social financialization.

¹ Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación: “Familias e Individuos: patrones de modernidad y cambio social (siglos XVI-XXI)” (HAR2013-48901-C6-1R). Financiado por el Ministerio de Económica, Industria y Competitividad.

Introducción

En la sagaz crítica que realiza el sociólogo Wolfgang Streeck sobre la obra póstuma del politólogo Peter Mair, *Ruling the Void* –obra distanciada de la teoría política convencional paralizada en los análisis estocásticos de las preferencias (o más preciso “gustos”) de los electores–, destaca la profundidad analítica con la que el autor se sumerge en el análisis histórico de la “estrecha relación entre los partidos políticos de masas y los resultados democráticos” (Streeck, 2014a: 121). *Ruling the Void* comienza con una frase que podría considerarse como suspicazmente lapidaria: “La era de la democracia de partidos ha pasado”; más concretamente, los partidos políticos se hallan plenamente desconectados del soporte democrático de la sociedad (Mair, 2013:1). El planteamiento empírico y teórico esgrimido por Mair no es ajeno a las corrientes teóricas heterodoxas que desde hace décadas observan celosamente el retroceso de los Estados-nación ante el avance de la economía global transnacional (Hobsbawm, 2011:419). Si la globalización (*pseudoconcepto* a la vez *descriptivo* y *prescriptivo*, dirá Bourdieu) “es responsable de la incapacidad de los gobiernos nacionales de llevar a cabo políticas autónomas” (Streeck, 2014a:124), entre sus consecuencias, y como estrategia de consolidación del capitalismo neoliberal, se han visto debilitadas las políticas sociales redistributivas del Estado keynesiano de posguerra –el “capitalismo embrizado” en expresión de Harvey–, al menos desde el decenio de 1970 (Harvey, 2005). De esta manera, los “universos económicos nacionales” han quedado integrados –a ojos de Bourdieu– “en el proyecto político de liberación universal que, en nombre del vínculo entre democracia y mercado, promete una emancipación al mismo tiempo económica y política de los pueblos de todos los países”. En la persuasiva interpretación del sociólogo francés la debilitación de todos los espacios políticos tradicionales “deja a los ciudadanos sin defensa” frente a la fuerza transnacional de la economía financiarizada (Bourdieu, 2002: 258-259).

Argumentos bourdieusianos que coinciden con el Mair más escéptico acerca de la “tendencia a la dispersión y la fragmentación” de las organizaciones políticas de masas en la Europa Occidental desde las últimas décadas del siglo XX (situación perfectamente reasignable a toda la región noratlántica). En otras palabras, la simbiosis entre la sociedad civil y la representación política, cimentada en las solidaridades íntimas que otorgaba una “red organizativa” mucho más amplia y compleja formada por sindicatos, iglesias, asociaciones empresariales, clubes sociales, etc., continuamente se fue debilitando. ¿Cuáles han sido las tendencias que, según Mair, han desgastado (y transformado) la cohesión social de las estructuras tradicionales?

Primero, la debilidad intrínseca de las “organizaciones hermanas”, tanto iglesias como sindicatos y otras formas organizativas tradicionales “han perdido no solo miembros sino también capacidad de actuar”. Segundo, la progresiva “individualización de la sociedad” ha minimizado las “identidades colectivas” entre las que hay que subrayar las afiliaciones a las organizaciones tradicionales; tendencia íntimamente relacionada con la nueva y más estricta “división del trabajo”, siendo éste el tercer elemento que ha conllevado una inevitable reestructuración de las “redes de partidos” (Mair, 2013: 95-96). Este nuevo escenario social, conduce inevitablemente a Mair a formular la imagen de un votante “cuyas opciones aparecen cada vez más accidentales o incluso fortuitas”. La brecha que separa al ciudadano común de la política nacional “en todas las democracias avanzadas”, nos advierte, se amplía profunda y constantemente; es así que el lugar que ocupaba la política tradicional ha sido desplazado por los *realities* que transforman la política en un objeto más de consumo o entretenimiento, o expresado de forma más elocuente en una “democracia de audiencia” (Mair, 2013: 42-43).

Lamentablemente la prematura muerte de Mair le impide profundizar en las *conexiones intermitentes* –por usar la expresión de Hirschman (1994)– entre la política y la economía de la nueva cultura de “consumidores posfordistas” (Streeck, 2012), *fundidos* con la economía política neoliberal. En el análisis de Streeck la erupción de esta nueva política ha socavado “los lazos sociales” renovados ahora por “el gusto y la elección más que en la obligación, con el resultado de que las comunidades parezcan asociaciones voluntarias de las que

se puede dimitir si existe demasiada abnegación, en lugar de comunidades de destino” con las que uno asciende o se precipita colectivamente. De esta manera, las redes sociales virtuales sustituyen la movilización política tradicional propia de “los intereses compartidos y la vecindad física” (Streeck, 2014a:135). Frente al *locus classicus* de la dialéctica de la confrontación y la preeminencia de los intereses comunitarios como camino para la transformación de la sociedad política se impone progresivamente un activismo social que Dolph Reed ha denominado *posing as politics* (Chomsky, 2017); una trivialización de la política que adquiere una importancia frecuentemente desapercibida pero que a ojos de Slavoj Žižek “no rebasa la línea inofensiva de la protesta impotente” (Parga, 2013; Žižek, 2011). ¿Deberíamos, entonces, descartar la contrahegemonía política de resistencia social, ampliamente denostada como “populista”, al orden mercantilista global? Cuando “el futuro de la comunidad está en juego” afirma enérgicamente Ernesto Laclau, ningún movimiento político puede estar exento de populismo, entendiendo por tal término la interpelación política del pueblo “contra un enemigo, mediante la construcción de una frontera social”. Siendo así, el populismo no puede afirmarse más que como una “alternativa radical del espacio comunitario” ante un orden económico sistémico que asfixia y desgasta tanto a la voluntad colectiva como a la pretendida exaltación de la libertad individual. Ante esta encrucijada, el populismo es la expresión misma de la política, por ende, concluye Laclau, la política es inseparable del populismo (Laclau, 2009: 68-69).

Sin embargo, la voluntad de la comunidad política como orden social contrahegemónico está profunda y considerablemente dividida. Este déficit social de la acción colectiva no puede corregirse sencillamente por la inocuidad política de las “redes de indignación y esperanza” o de la “eficacia de las redes sociales” que el eco de Castells propaga incesantemente (Parga, 2013). Premonitoriamente Heidegger había dicho que mientras “todas las distancias en el espacio y el tiempo” se iban reduciendo frenéticamente “la cercanía de las cosas permanece ausente”. Su consecuencia inmediata no es otra que el debilitamiento o la “pérdida de contacto con el mundo sensorial real”, animado sin duda, como esgrime Harvey, por “la propagación de las relaciones mercantiles y de cálculo racional” (Harvey, 2017: 209-210). A la luz de lo expuesto es inevitable recordar una observación de Benjamin Constant acerca del gobierno opresivo cuyo “arte consiste en mantener a todos sus ciudadanos separados entre sí” (Hirschman, 2014: 218), aun cuando crean convincentemente que jamás han estado tan estrechamente unidos. ¿Cuál es la naturaleza de esta “desintegración civil del *demos* moderno”? (Streeck, 2014a) ¿Qué factores o tendencias políticos, económicos y culturales han debilitado las bases sociales de la democracia reformista que surgió tras la segunda guerra mundial?

Interregno

Para empezar, no fue una coincidencia fortuita que los cambios en el comportamiento de la ciudadanía política comenzaran a extenderse en las democracias avanzadas de mercado durante la década de 1970, al calor de las estilizadas teorías economicistas de la escuela de Chicago. Por ello, es plausible colegir que toda interpretación acerca de los cambios del comportamiento social, de la vida cultural y de las preferencias individuales o colectivas no puede hacerse *seriatim* o por partes, ha de integrarse en el análisis metodológico de las estructuras subyacentes de la economía política. Como había demostrado Marx en *Das Kapital* la realidad no se “aprende de manera directa a través de una empatía con las fuentes”, se requiere “capacidad de abstracción y conceptualización, instrumentos teóricos y conceptos generales” (Carreras, 2000:249).

La persuasiva premisa de Nancy Fraser asumida por Davidson acerca de realizar análisis inmovilizados o demasiados limitados por el campo de la psicología individual para interpretar el “colapso global del keynesianismo político” (Davidson, 2016), con todas sus consecuencias sobre la cohesión social, puede ser tan válida como su premisa contraria, es decir, observar el problema desde una perspectiva exclusivamente macrosocial. De hecho eludir cualquier interpretación holística acerca del comportamiento social –como lo hacían por ejemplo tanto Hayek como Popper– es poco menos que convincente. Por muy evidente que pueda parecer conviene recordarlo: “La estructura y la agencia son interdependientes en el sentido de que ninguna de las

dos podría existir separada de la otra” (Boldizzoni, 2013: 76-79). Expresado de forma más prosaica: aunque la sofisticada lógica del capital financiero global pueda parecer muy alejada de la gente común, el fundamento de aquél y el éxito de sus gestores se cimienta sobre una ciudadanía tributaria y un espíritu insaciable de consumo (Crouch, 2011).

A la luz de estos planteamientos se pueden corroborar las palabras de Perry Anderson, formuladas muy próximas al Tratado de Maastricht: “Cuanto más europea se torne la Comunidad, más inventiva y conscientemente distintos desearán ser sus miembros, como naciones por derecho propio”. Aún más, el advenimiento de los particularismos nacionales y sus comunidades, una y otra vez “imaginadas”, será mucho máspreciado en tanto se hallen circundados por “el vínculo mercantilista global” (Anderson, 1992: 391). La “única integración” europea “ha sido la financiera”, señala cáusticamente Michael Hudson, entre cuyas consecuencias nada minúsculas ha sido la abrogación de la soberanía nacional (Hudson, 2016: 346-347). Sin embargo, cabe interrogarse con Touraine si se halla contenida la compleja realidad social en “elecciones determinantes”, y por tanto excluyentes, entre por ejemplo “competitividad económica y protección social, construcción europea o identidad nacional”. Para Touraine se trata de “dicotomías artificiales” y “discursos catastrofistas”. ¿Puede una simplificación taxonómica, basada en la elección por exclusión, arrojar luz sobre la compleja interacción de la vida social? Visto por el sociólogo francés “entre la economía internacional y nuestras vidas personales continúa interponiéndose cierto espacio político que en modo alguno se encuentra vacío” (Touraine, 1999: 30). Al igual que Touraine, Mike Davis (contra las tendencias enfáticamente ahistóricas y la academia departamental) afirma que la “teoría, históricamente explicada, no puede realizar divisiones categóricas”. Por lo que concluye que el problema fundamental desde el punto de vista metodológico de los estudios políticos no ha sido eludir el reconocimiento de la “autonomía de lo discursivo, lo cultural o lo étnico, sino más bien la *incapacidad de abarcar integralmente todo el campo de las relaciones de propiedad y sus conflictos derivados*” (Davis, 2015: 60 y 78).

Reflexiones que nos confrontan con una paradoja: mientras se ha instalado la autoridad financiera en las sociedades noratlánticas en favor de los acreedores y contraria a los trabajadores, “con poder para imponer la austeridad y convertir lo que es de dominio público en monopolios privatizados” (Hudson, 2016:351), la política pública ha sido seducida y acosada, a pesar de ciertos sectores políticos y sociales reacios, por la revolución conservadora y su cacareado slogan thatcheriano “there is not alternative”. Frente a esta hegemonía de mercado se instituye un archipiélago ambivalente de movimientos sociales. El universalismo que había guiado y caracterizado a los movimientos tradicionales de izquierda, expresado en las ideas de justicia social, democracia, solidaridad, *inter alia*, inspirado en las “revoluciones americana y francesa” así como en el posterior socialismo obrero, comenzó a redactar su obituario desde el decenio de 1970. Desde ese momento progresivamente se ha extendido una contratendencia a aquel universalismo. Las protestas y reivindicaciones por parte de la izquierda se fueron transformado en una heterogeneidad de coaliciones de “grupos e intereses minoritarios: de raza, género, preferencia sexual, u otras preferencias culturales”. Tendencia que ha conllevado una exacerbación de los particularismos que puede ser comprensible socialmente, aunque “peligrosa” políticamente porque como advierte Hobsbawm: “conquistar mayorías no equivale a sumar minorías” (Hobsbawm, 2000: 121).

En resumen, la atomización de la esfera pública confluyó y se retroalimentó con el advenimiento de las sociedades posindustriales, pero también con la corrosión del capitalismo democrático redistributivo de posguerra que, glosando a Habermas: “por primera vez en su historia” no reprimió “la realización de la promesa republicana de considerar a todos los ciudadanos iguales ante la ley; la hizo posible” (Habermas, 2000: 122). Después de 1970 las tensiones entre capitalismo y democracia no pudieron eludirse, fueron la evidente manifestación de una nueva fase histórica en la que la inestabilidad y la crisis serían sus rasgos más acentuados. Desde ese momento los Estados modernos, y no solo los situados en la Europa Occidental, se hallan ante una embarazosa encrucijada cuyo campo de batalla se dirime entre dos bandos decididamente opuestos: los mercados maximizadores de beneficios atrincherados en la propia política nacional e internacional y una gran mayoría social reacia a subvertir el consenso político del Estado benefactor de la segunda posguerra. Wol-

fang Streeck haciéndose eco de la interpretación de Gramsci –y antes que él enunciada por Stéphane Mallarmé (Boaventura de Sousa Santos, 2003: 14)– afirma que las actuales sociedades financiarizadas se hallan en el umbral de un *interregno*, esto es, el antiguo orden social “agoniza pero lo nuevo no puede nacer todavía; durante ese *interregno* se pueden dar fenómenos patológicos de la más diversa índole” (Streeck, 2017: 54).

Emancipación

La vehemente morfología del “nuevo espíritu del capitalismo” (Boltanski y Chiapello, 2002) que ha pulverizado “el mundo social de las relaciones personales y generales” fue prematuramente observada, entre otros, por Daniel Bell al inicio del último cuarto del siglo XX. Entonces comenzaron a resquebrajarse las “estructuras tradicionales de autoridad”, esto es, “la nación y la clase”. Las “normas, texturas y valores sociales” identitarios basados fundamentalmente en las estructuras políticas adscritas a las instituciones estatales y la cultura comunitaria fueron liberadas por una combinación de “revolución cultural” (Hobsbawm, 2016: 49; Hobsbawm, 2000) y economía de consumo posfordista. Junto a esa disposición del cambio social se produjo el agotamiento continuo de la protección social del Estado nación keynesiano, cristalizando como consecuencia una sociedad civil delimitada por un individualismo esencialista. Paradójicamente, este nuevo individualismo liberado de las ataduras de la comunidad y por tanto de los lazos tradicionales de cohesión social, no ha podido evitar aferrarse desesperadamente al abigarrado espectáculo del estallido de grupos identitarios. Y es que la *praxis* política de la emancipación no está exenta de contradicciones y ambigüedades. Al término “emancipación” se suelen suscribir toda una serie de factores contrahegemónicos, sin embargo como ha sugerido Nancy Fraser, el rasgo más característico de la naturaleza política de la emancipación es su ambivalencia. Así, por ejemplo, mientras las organizaciones de la Nueva Izquierda y en general los movimientos sociales de posguerra, que tienen su punto de inflexión en el simbólico año de 1968, lanzaron sus críticas contra las formas de protección institucionalizadas en los Estados de bienestar sacando “a la luz jerarquías y exclusiones sociales injustas”, bajo la forma de insurrección los sectores políticos neoliberales desacreditaron la “protección social” por “encadenar la libertad” de los individuos (Fraser, 2013: 134-139). Conclusión similar a la de Fraser ha esbozado Therborn: 1968 desgastó el “patriarcado y la misoginia”, deslegitimó el “racismo institucional” y minó la “deferencia y la jerarquía”. Pero tras esta inversión cultural observamos la circunstancia paradójica de que “ha sido absorbida en su mayor parte por el capitalismo avanzado, por medio del informalismo de las industrias de alta tecnología, una oleada de altas ejecutivas, la normalización de los derechos de los homosexuales, o los matrimonios del mismo sexo” (Therborn, 2014: 13), por citar los ejemplos más representativos.

Previamente, Richard Sennett había escrito en 1977 que la *res publica* estaba siendo dominada por la creencia axiomática de que los “significados sociales” se generan gracias a “los sentimientos de los seres humanos individuales”. La reveladora idea de que los hombres son los artífices de su propio destino y, sobre todo, que la fuerza “misteriosa y peligrosa” individual domina realmente las esferas de poder tuvo como consecuencia, glosando a Sennett, que “el dominio público de significado impersonal y la acción impersonal” comenzaran a extenuarse (Sennett, 2011: 415). Y, sin embargo, cabe interrogarse retóricamente con Davidson si no habían sido acaso las fuerzas colectivas e impersonales del movimiento obrero con sus convicciones ecuménicas las que habían dictado la debida distancia entre el Estado y el capital “que Smith, Marx y Schumpeter, desde sus diferentes perspectivas políticas, consideraban esenciales para la salud del sistema” (Davidson, 2017: 615-634).

Como sabemos, mucho antes de 1968 los viejos paradigmas decimonónicos imperantes comenzaron a debilitarse en el umbral del siglo XX. El *Débat sur l'explication en histoire et en sociologie* (1908), entre el historiador Charles Seignobos y el padre de la sociología francesa Émile Durkheim, puede considerarse un ejemplo intelectual representativo del nuevo espíritu social que irrumpió en el principio de la *era de las masas*. El sociólogo interpelaba a Seignobos acerca de si admitía como condición metodológica plausible para la com-

preensión de la realidad social “la réalité de l'inconscient”; o dicho de otro modo, si la ciencia histórica concedía credibilidad a otras causas explicativas que no fueran única y exclusivamente “les causes conscientes” (Durkheim, 1908). Y es que, al igual que la revolución francesa de 1848-1851, aunque vivida desde el exilio en Londres, trazó en Marx una línea “divisoria intelectual y política” sin la cual el desarrollo hacia el socialismo científico hubiera sido inconcebible, el “nacimiento de lo moderno” en París, engendrado por la seducción entre el “capital y la modernidad”, ofreció a Durkheim un estimulante campo de interacciones sociales en el que indagar acerca del funcionamiento de la sociedad (Harvey, 2008: 24-27). Pero el edificio del orden burgués se erigía sobre unas bases políticas que tendían progresivamente a subvertir las estructuras de convivencia tradicionales; eludiendo la protección de las clases sociales subalternas, se precipitaba peligrosamente hacia el abismo de la desintegración social. Evocando a Jameson, la extraordinaria y liberadora energía del capitalismo se combinaba con sus “rasgos funestos” (Jameson, 1991: 47).

De hecho, la amarga situación de los trabajadores pobres, y en general de las clases populares no constituía, ni mucho menos, un fenómeno que no fuera percibido por la burguesía liberal. El temor que Alexis de Tocqueville manifestó en el umbral del año 1848 era compartido por la mayor parte de las selectas clases educadas y cultas de Europa Occidental y Central: “Estamos durmiendo sobre un volcán... –afirmaba ante la Cámara de Diputados el político e intelectual francés– ¿no se dan ustedes cuenta de que la tierra tiembla de nuevo? Sopla un viento revolucionario, y la tempestad se ve ya en el horizonte”. Casi al mismo tiempo que Tocqueville se pronunciaba, la revolucionaria pluma de Marx y Engels finalizaba las últimas líneas del *Manifiesto del Partido Comunista* (publicado anónimamente en Londres el 24 de febrero de 1848). Si bien la llama del estallido revolucionario fue apagada rápidamente, la burguesía liberal comprendió que podía inhibir la rebelión de las masas procurando selectivas reformas. Más concretamente, “los defensores del orden social tuvieron que aprender la política del pueblo. Esta fue la mayor innovación que produjeron las revoluciones de 1848”. Sin embargo, el liberalismo del siglo XIX con sus constituciones y asambleas soberanas continuó desplegando una política abiertamente antidemocrática, censurando el voto a la mayoría de los hombres y a la generalidad de las mujeres. El “país real” había quedado dominado por el “país legal”, en éste el electorado constituía un minoritario grupo social que cumplía por lo demás las exigencias de las que carecía el resto del cuerpo social, a saber: la propiedad privada y el acceso a una educación más o menos institucionalizada. Con todo, después de 1870 la “democratización de la vida política de los Estados era absolutamente inevitable”; más aún cuando la Rusia bolchevique irrumpió extraordinariamente como el único “poder antisistémico” que podía actuar contra la sociedad burguesa (Hobsbawm, 2003: 21-38; Hobsbawm, 2013: 95; Balakrishnan, 2017: 36). Pero las tensiones entre capitalismo y democracia no serían resueltas a favor del Estado social hasta después de la segunda guerra mundial. Por el momento, el obrero, o sea, la gran masa de la población proletariada, de acuerdo con Marx, “no sería más que tiempo de trabajo personificado” cuya explotación revertía en la tasa de ganancia de los fabricantes (Marx, 2010: 291-292).

Es así que en *La División del trabajo social* (1893) Durkheim plantea el concepto de *anomia*, es decir, “integración deficiente” de los individuos en la estructura social. El sociólogo francés sostiene que los actos más censurables son dirimidos por la arbitrariedad que impera en el cuerpo social, situación que genera inevitablemente recurrentes conflictividades y pulsiones, activando consecuentemente “desórdenes de toda clase cuyo triste espectáculo nos da el mundo económico”. La ausencia de toda autoridad moral reproduce un mundo social en el que “la ley del más fuerte es la que reina, y latente o agudo, el estado de guerra se hace necesariamente crónico” entre los hombres. “En vano –continúa Durkheim– para justificar este estado de irreglamentación, se hace valer que favorece la expansión de la libertad individual. Nada más falso que este antagonismo que con mucha frecuencia se ha querido establecer entre la autoridad de la regla y la libertad del individuo” (Durkheim, 2001: 3-4).

Pero, ¿qué ocurre, entonces, cuando las reglas se establecen con el fin de favorecer el interés de una selecta y minoritaria clase social, restringiendo al mismo tiempo derechos sociales o económicos universales? En teoría, el “imperio de la ley” consiste en un proceso generado a partir de múltiples pulsiones de incalculables voluntades que disienten profundamente de las “decisiones simples y tajantes de una mente individual”; no

obstante, el cuerpo normativo puede favorecer a los intereses particulares cuando la esfera política se halla circundada por los dominios de la economía. La consecuencia es un estado permanente de corrupción reglamentada (la misma “desregulación de los mercados” no es más que una regulación a favor de la privatización de los bienes públicos). Malcolm Bull arroja luz sobre este punto a través de la mirada de Maquiavelo:

“Para Maquiavelo, la corrupción consiste en apreciar el bien privado por encima del público y su causa está en la división en facciones, que buscan beneficiarse y por ello proponen leyes no por el bien de las libertades comunes, sino para aumentar su propio poder. Las facciones son el resultado de la ociosidad y se alimentan de la desigualdad” (Bull, 2016:41).

Una reinterpretación de la corrupción en Maquiavelo puede leerse implícitamente en las páginas de la reciente obra de Michael Hudson (2015) *Killing the Host*; para este autor el optimista y aparentemente neutral término de “libre mercado” está dominado por un selecto elenco de “parásitos rentistas”, respaldados y favorecidos explícitamente por estructuras institucionales estatales y supranacionales (Hudson, 2015). A causa de esta normatividad que institucionaliza una economía de la desigualdad, que a su vez se sirve de múltiples factores entrelazados, sintetizados por Fraser en una triple dominación: política, de género y de la naturaleza (Fraser, 2014: 76), la dilatación entre las expectativas sociales de los individuos y su realización existencial como parte de la estructura social se ha ido ampliando y profundizando continuamente. De esta manera, se ha ido minando y deslegitimando el capitalismo democrático post 1945. Un capitalismo reformado que en palabras de Streeck “funcionó extraordinariamente bien durante dos décadas; tan bien de hecho, que aquel periodo de crecimiento económico ininterrumpido sigue dominando todavía nuestras ideas y expectativas de lo que es, o podría y debería ser, el capitalismo moderno” (Streeck, 2011: 5). *Les trente glorieuses* procuraron las bases materiales a las clases trabajadoras desprotegidas hasta entonces por la política deliberadamente antidemocrática de los reaccionarios conservadores para asestar un golpe definitivo al debate intelectual y político que había enfrentado a la izquierda desde Bernstein: reforma o revolución. De esta manera, las reformas políticas del Estado keynesiano se fueron consolidando durante la posguerra en la Europa Occidental, con la consabida excepción de las dictaduras fascistas y personalistas petrificadas en la geografía meridional. Como ha sugerido Balakrishnan “tras la derrota del fascismo, solo unos cuantos intelectuales de derecha siguieron sin reconciliarse con el Estado de bienestar y la lógica cultural hedonista del capitalismo”. Sin embargo, “la crisis económica mundial de la década de 1970 desencadenó una contraofensiva interna contra las organizaciones obreras y el Estado de bienestar” (Balakrishnan, 2017: 48). Este nuevo mundo, progresivamente hayekiano, de individuos libres que debían operar como maximizadores de beneficios económicos, liberados de las injerencias de la burocracia política, minó sorprendentemente “el edificio de la socialdemocracia de Bernstein” y por supuesto sepultó definitivamente el marxismo leninismo (Hobsbawm, 2011: 417). A *fortiori*, las ambivalencias de las fuerzas sociales de emancipación surgidas al calor de los movimientos contraculturales sesentayochistas quedarían resueltas recientemente, según Fraser, “a favor de la mercantilización” a través de unas “amistades peligrosas” con el neoliberalismo (Fraser, 2013: 137-138), algo así como un “inextirpable apego al orden establecido” (Harvey, 1998: 377). Las “sólidas tradiciones de disidencia política” de los decenios de 1960 y 1970 que habían caracterizado a las sociedades estadounidense y británica fueron socavadas por una combinación de “represión policial”, control del espacio urbano y una vigilancia exhaustiva, junto con el “apaciguamiento económico” desarrollado por “tecnócratas situados en los bancos centrales”. El epítome de este nuevo entorno político ha sido “la atrofia de formas tradicionales de organización de masas” y la frustración de las nuevas formas de subversión virtual “basadas en las redes para ocupar su lugar” (Bull, 2016:51-52).

¿Qué factores estructurales intervinieron sobre las agencias individuales? ¿Cuáles han sido los vectores del cambio social y político en el tránsito del capitalismo reformado al capitalismo financiarizado?

Economía política del individualismo financiarizado

Desde una perspectiva estructural, el declive imparable de las antiguas regiones industriales cuyas fabricas se desplazaban hacia los bordes del núcleo originario del capitalismo y consecuentemente el declive de sus “comunidades proletarias”, junto al auge del capitalismo global y la implosión, al mismo tiempo, de la Unión Soviética, minaron la perspectiva universalista entre gran parte de la izquierda intelectual, limando asperezas entre los partidos socialistas y conservadores (Mann, 2000). Las perspectivas de progreso ininterrumpido enraizadas en la convicción dogmática de un crecimiento económico ilimitado que había calado profundamente durante el periodo keynesiano de posguerra se esfumaron con la crisis sistémica del “capitalismo embridado” (Harvey, 2005). Al mismo tiempo que el desempleo estructural reaparecía en el corazón del capitalismo occidental, se producía la progresiva pero imparable depauperación de los asalariados, así como el reflujó constante de la sindicalización (hasta el punto de que “las huelgas se hicieron tan poco frecuentes que en algunos países dejaron de registrarse en las estadísticas”). De este modo, la “economía política” ordenada por una “administración doméstica colectiva”, es decir, por un Estado nacional demarcado territorialmente como cuerpo de control político, o como *contrato social* democrático, se desplazó peligrosamente hacia las aristas políticas de un inestable capitalismo legitimado “por el consumo individualizado en mercados no limitados por fronteras jurisdiccionales” (Streeck, 2014:136; Streeck, 2011: 12-13).

El poder de un individualismo esencialista que creía haber roto las cadenas de la tradición, que anhelaba destruir la maquinaria burocrática, o deshacerse del peso de la comunidad familiar tradicional, abrogando normas sociales restrictivas y obteniendo finalmente su demandada libertad, pronto se halló ante el dilema de un mundo cuyas escalas de poder se alzaban por encima de las estructuras tradicionales políticas y, por supuesto, de un individuo que podía protestar dentro de los márgenes de la democracia de mercado, pero no cambiar sustancialmente el orden sistémico. A ojos de Streeck es plausible afirmar que la naturaleza del capitalismo actual no está demasiado alejada de la antigua “noción de sociedad capitalista” decimonónica, de un capitalismo “como orden social y forma de vida que depende de manera vital del progreso ininterrumpido de la acumulación de capital privado” (Streeck, 2014b: 35). Contra ciertos argumentos que prevalecen en autores como Thomas Piketty que rehúyen la crítica sistémica al persuadirnos enfáticamente (y estadísticamente) acerca de que la desigualdad ha sido el rasgo dominante de la historia de la humanidad (extraña regresión lineal, elusiva en todo caso del capitalismo reformado de la segunda posguerra), James K. Galbraith arguye que el aumento de la desigualdad obedece a “momentos particulares de la historia” en los que el capitalismo financiero y la especulación debilitan las “defensas institucionales contra los males de la desigualdad extrema” (Fontana, 2017: 654-655).

Es por ello, precisamente, que conviene resguardarnos de equiparar sin la debida prudencia y equilibrio a los paladines de la teoría política clásica, como Adam Smith o Edmund Burke, con los retoños del economicismo neoliberal. Ciertamente Burke no desdeñó el libre mercado, y ofreció argumentos que en apariencia, y sin una lectura detallada, lo aproximan a la razón hayekiana, como por ejemplo al afirmar: “Nadie, en mi opinión, ha observado reflexivamente el mercado sin sentirse asombrado por la verdad, la corrección, la celeridad y la equidad general con que se establece el equilibrio entre las carencias” (Burke, 1800: 25). No obstante, y a pesar de su epifanía del mercado liberado de la injerencia política, también el “viejo liberal” manifestó serias dudas acerca de adoptar de forma axiomática los postulados de la política economía liberal. Para Nobuhiko Nakazawa, tal modo de pensar en Burke lo aproxima a la “excepción de Adam Smith acerca de la defensa del *laissez-faire*: su defensa es mucho más importante que la opulencia”. Es decir, “Burke y Smith tenían opiniones similares sobre la elección prudente de las políticas comerciales y financieras en lugar de la justificación especulativa de un sistema de mercado autorregulado” (Nakazawa, 2010: 291). En cierta ocasión Hobsbawm

se refirió a la obra cumbre de Smith, *La riqueza de las naciones* como un manual de economía del desarrollo de su época: “lo que el autor trataba de hacer era identificar la naturaleza del proceso histórico que conduce al desarrollo, el carácter de los obstáculos que se oponen a él y las condiciones que permiten superarlos” (Fontana, 2013a:90). Un argumento muy alejado de la tergiversación típica que los neoliberales creyeron ver en las páginas de la política económica clásica, “igual que lo era la equivalente económica dirigida por extremistas de la URSS planificada al cien por cien por el Estado de lo que los bolcheviques leyeron en Marx” (Hobsbawm, 2011: 20).

Actualmente, bajo el dominio del “Estado de mercado” nada es más característico que la representación de “algún interés privado o de facción en vez del bien público de mercado” (Bull, 2016: 54). La libertad se esgrime como cualidad inherente y sustantiva del mercado; pero, como se pregunta retóricamente Hudson: “¿Tienen que ser libres respecto de los monopolios y los privilegios particulares, o libres para ser ocupados por invasores financieros y especuladores”? La libertad de mercado recurrida por la retórica neoliberal se cimenta sobre una economía de rentistas libres para extraer renta e intereses; para Hudson, hemos sido arrojados “a los tiempos en que la privatización del dominio público y la financiarización de la economía iban de la mano de la conquista militar” (Hudson, 2010). Pero el regreso de la antigua noción de capitalismo no se circunscribe única y exclusivamente al incremento incesante de la acumulación de capital privado. Tácita o normativamente los límites que la burguesía liberal había establecido al sufragio universal reaparecen aquí o allá. ¿Cómo, en todo caso, debemos interpretar que el dominio conservador del Congreso estadounidense intentara recientemente dificultar el “acceso al voto de amplias capas de la población consideradas poco afines a sus principios” solicitando en última instancia diversos documentos al elector cuya expedición dependía de la actividad de su cuenta bancaria? (Fontana, 2011: 947-948). Se fortalece bajo estas circunstancias el argumento de Streeck aludido por Bull: “la democracia económica del capitalismo” mantiene una ecuación simple: “un dólar, un voto” (Bull, 2016:54). Estas restricciones democráticas en un contexto de crisis orgánica desempolvan la afirmación de uno de los preclaros representantes de la escuela austriaca, el citado Friedrich von Hayek, según la cual no importa “lo irracional que pueda ser una creencia, con tal que conduzca a quien la mantiene a aceptar el orden del mercado” (Davidson, 2013: 899). La cooperación humana, según la visión hayekiana, solo puede darse dentro de los términos del capitalismo; en palabras del propio Hayek:

“Con excepción del mecanismo a través del cual el mercado competitivo procede a distribuir los ingresos, no existe ningún método conocido que permita a los diferentes actores descubrir cómo pueden orientar mejor sus esfuerzos al objeto de obtener el mayor fruto posible para la comunidad” (Hayek, 2010: 33).

Sería posible colegir las palabras del pensador austriaco si, como dice vehementemente Davidson, no consideráramos las “terriblemente irracionales” consecuencias que los capitalistas al buscar sus intereses particulares generan sobre los demás (Davidson, 2013: 897). Aún más, perseguir el interés por parte de una minoría capitalista no corresponde necesariamente con los intereses del capital, por ello mismo el neoliberalismo esconde una forma de organización altamente autodestructiva.

Desde la perspectiva de la agencia individual, esta descomposición de la integración sistémica desde el “keynesianismo privatizado” (Crouch, 2011) post 1970 ha ido progresiva pero imparablemente privando “a los individuos a escala micro de estructuración institucional y de apoyo colectivo”; desplazando de esa manera “la carga de ordenar la vida social, de dotarla de un mínimo de seguridad y estabilidad, a los propios individuos y a los dispositivos sociales que pueden crear por sí mismos” (Streeck, 2017: 29). En un estado así, las instituciones gobernadas por y para una minoría oligárquica generan narrativas preconstruidas *ad hoc* para la sal-

vación robinsoniana del individuo. Sennett lo ha formulado de manera análoga a Streeck al precisar las consecuencias sociales de un mundo donde la inestabilidad y la fragmentación conforman explícitamente su ordenación social: en una sociedad donde las “instituciones ya no proporcionan un marco a largo plazo, el individuo se ve obligado a improvisar el curso de su vida (“improvise his or her life-narrative”) o, incluso, a hacerlo sin una firme conciencia de sí mismo” (Sennett, 2006: 4). ¿Cómo, en todo caso, debemos entender la dilatada y efusiva retórica institucional fundamentada discursivamente en constituir una sociedad formada por individuos “emprendedores” a través de ilusorias expectativas cristalizadas en el “autoempleo” en términos de una “automejora competitiva y la construcción de una identidad empresarial optimizada”? Göran Therborn identifica, incluso, la desaparición del término “clase obrera” entre los “documentos de los partidos comunistas chino y vietnamita”, a la vez que en Europa “el ideal de una sociedad de emprendedores”, liderado por Alemania, ha suplantado la “imagen de mediados del siglo XX de la sociedad de los asalariados” (Therborn, 2014: 11).

Frente al rígido y vetusto mundo industrial se levanta ahora la nueva economía de Internet que ha elevado el “ethos del creador autónomo” a una categoría cuasi espiritual que, en palabras de Emile Bickerton, ha legitimado “los bajos salarios y la precariedad laboral” en la geografía postindustrial. Una vez desintegrada la estructura laboral estable encarnada en el trabajador industrial, se erige el nuevo trabajador “inventivo, adaptable, que echa muchas horas y no espera apenas que se le compense”. Tal como se les informa a los trabajadores de las tiendas de Apple: “El dinero no debería ser la cuestión cuando Apple te contrata”. Sin embargo, los “utópicos de la tecnología” y la economía colaborativa, junto a sus principales gestores y accionistas, dependen tanto de la aquiescencia y de la depresión de la masa laboral como de la nueva división internacional del trabajo. Expresado de forma más prosaica, para que Facebook y Google obtengan unos beneficios anuales de en torno a 700 millardos de dólares producidos por su inagotable estallido publicitario, es necesario continuar extrayendo plusvalor del clásico proceso de hacer “cosas reales” (Bickerton, 2015: 148). Al mismo tiempo que se abona convincentemente la utopía tecnológica se prescinde diariamente de un promedio de 75.000 trabajadores del sector servicios estadounidense; “a veces, sectores enteros desaparecen a medida que cambian los gustos o la tecnología” Krugman (2017).

Por ello, en su artículo “El paradigma de la apertura”, Nancy Ettliger realiza una incitación deliberadamente corrosiva con los avatares académicos que han sucumbido ante los espejismos del nuevo espíritu del capitalismo, conminando al lector embebido de ciberespacio a pisar sobre suelo hegemónico: “cuando dejamos la esfera del seminario de la escuela de negocios y entramos en la morada de la producción, los nuevos modelos empresariales se muestran bajo una luz desalentadora”. El dilatado énfasis optimista en la tecnología de internet y en términos más generales en las novedosas formas de comunicación y aplicación virtuales, han sido reeditadas por el “mercado laboral global” que ha generado una variedad de combinaciones de explotación; instaurando así lo que Ettliger ha calificado como “una nueva era de talleres virtuales de trabajo esclavo”. Una división del trabajo que recompensa igualmente a los trabajos de alta como de baja cualificación “muy por debajo del umbral del salario mínimo”. Así, por ejemplo, mientras la compañía de camisetas Threadless solicita a la esperanzada comunidad virtual nuevos diseños para su producción organizando “competiciones en la red con un modesto premio en metálico para el ganador”, la compañía fulmina de este modo y de un plumazo “los costes labores de diseño mediante el desarrollo de trabajo cualificado” (Ettliger, 2014: 108-110).

Naturalmente, por lo mencionado, no ha sido fortuita la extraordinaria difusión de nuevas esperanzas que “elevan el optimismo al estatus de una virtud pública y una responsabilidad cívica” (Streeck, 2017: 60-61) que, generosa y prudentemente alejadas de la economía política realmente existente, han encontrado ardientes defensores entre las propias instituciones que tradicionalmente han generado las bases intelectuales de la emancipación social, particularmente las instituciones académicas, transformadas “paulatinamente en los principales lugares de fabricación y definición de la dominación social” (Hobsbawm, 2016: 50). Argumento hobsbawmiano que confirma el triunfo casi absoluto del intelectual orgánico gramsciano, funcional en este caso particular al orden capitalista de mercado global, minando severamente al mismo tiempo las expectativas del organizador sindical, tanto como las probabilidades del surgimiento de una nueva cultura realmente alternati-

va (Gramsci, 1967: 22). De esta manera, el individuo, seducido y acosado por los discursos institucionales incentivadores de la búsqueda inacabable de la optimización individual, de un “hedonismo competitivo” (Streeck, 2017: 63), sufre permanentemente la angustia inherente a una sociedad en la que las “bases del consenso de las estructuras normativas” se hallan profundamente dañadas. Una sociedad así puede ser considerada como *anómica* bajo una situación permanente de crisis, lo que comporta, siguiendo a Habermas, una clara manifestación de la “desintegración de las instituciones sociales” (Habermas, 1999: 23).

A su vez, la desintegración de las instituciones ha favorecido la proliferación de la “autosugestión optimista”, popularizada desde la era fordista como componente psicosocial definitivamente normativo del sistema capitalista. Hoy no faltan los “optimistas ilusos”, verdaderos retoños de figuras tales como Émile Coué que durante los felices años veinte propagaba la inocente idea repetida delirantemente: “cada día estoy mejor en todos los sentidos” (Hobsbawm, 1995: 107). Sin embargo, y a pesar del optimismo iluso, o precisamente por ello, tras el peligroso precipicio de la euforia especulativa, la sociedad capitalista se lanzó hacia la turbulenta crisis de los años treinta que conllevó la aparición de los espectros del fascismo y del nazismo. Para los estudiosos de la sociedad de la Europa de entreguerras no debe ser ajena la problemática, así como los temores, que genera un estado social anómico provocado por la corrosión del marco político institucional –marco, sin duda, fortalecido en beneficio de una minoría plutocrática– que excluye sistemáticamente al ciudadano común de las esferas económica y política. Michał Kalecki lo expresó lúcidamente en el tercer año de la segunda guerra mundial: “la lucha de las fuerzas progresistas por conseguir el pleno empleo es al mismo tiempo la de prevenir la recurrencia del fascismo” (Kalecki, 1943: 6). Un inteligente coetáneo de Coué, Antonio Gramsci, persuadía contra los “ridículos fantaseadores” que “se precipitan sobre los movimientos nuevos para dar rienda suelta a sus paparruchas de genios hasta entonces incomprendidos provocando el descrédito. Contra la “exaltación de la bobería”, esgrime Gramsci, se levanta el “pesimismo de la inteligencia” pero también, y precisamente por ello, se enaltece el “optimismo de la voluntad” (Gramsci, 1981: 139).

Pero, a pesar de todo, los defensores a ultranza de los mercados autorregulados no transigen en su intento de demostrar de cualquier modo –incluida la sofisticación estocástica– la devastación que las indiscreciones gubernamentales, o más preciso, las instituciones públicas provocan sobre los inocuos y simétricos mercados. Desde esta perspectiva, los Estados nación son percibidos como dispositivos institucionales rígidos y anacrónicos, cuyas injerencias inhiben a un mismo tiempo el crecimiento económico y la plena libertad individual. Uno de sus profetas, Milton Friedman, “cabeza visible de la escuela de Chicago”, en su obra *Libertad de elegir* argüía que era del todo inapropiado e “inmoral proteger a las personas contra sus propias elecciones”. Si el ser humano es racional, consecuentemente racionales son sus actos, luego entonces ¿por qué habría que interferir sobre éstos? La teoría de la acción racional, que cree ver individuos que absolutamente informados pueden tomar decisiones o conformar juicios acertados sin necesidad de un campo público institucional, se asemeja en cierto grado a la *fictio iuris* que prevalecía en la sociedad burguesa, según la cual y siguiendo a Marx: “todo comprador de mercancías tiene un conocimiento enciclopédico acerca de las mismas” (Marx, 2010: 44).

Una contratendencia teórica a esta concepción que traslada la responsabilidad institucional al individuo ha sido expuesta por el primer psicólogo laureado con el Nobel de Economía, Daniel Kahneman (como lo fue Friedman casi tres décadas antes). Para Kahneman la presunción ingenua de una libertad absoluta disolviendo la estructura normativa de las instituciones, “proporciona la base intelectual” para el fortalecimiento del proyecto libertario (neoliberal) “de la política pública”, a saber: “no interferir con el derecho de los individuos a elegir a menos que sus elecciones perjudiquen a otros”. Premisa reafirmada “por la admiración que causa la eficiencia de los mercados en la distribución de bienes entre personas que están dispuestas a pagar más por ellos”. Según esta opinión, cimentada en la teoría de la elección racional, el gobierno debe, por tanto, “mantenerse al margen y permitir a los sujetos practicar libremente sus elecciones”. Por supuesto, asumiendo que la libertad es un “valor incontestable”, la conducta social es mucho más compleja que el esencialismo asumido por “los creyentes sinceros en la racionalidad humana”. De una u otra manera, y siempre de acuerdo con

Kahneman, inevitablemente los humanos precisan de protección, especialmente contra aquellos que “deliberadamente explotan” sus debilidades inherentes (Kahneman, 2012: 535-536).

Así pues, mientras avanza la corrosión individual por el atajo de la libertad racional de la utopía neoliberal, la desestabilización o, más preciso, el desplazamiento de la democracia parlamentaria hacia “encauzamientos tecnocráticos”, en expresión de Habermas, menoscaba la “formación de la voluntad y de la opinión dentro de la vida pública nacional”, devaluando constantemente los “recursos políticos” de la ciudadanía (Habermas, 2013: 45). Definitivamente, de esta manera, el Estado-nación adquiere las funciones de regulador de una sociedad civil despolitizada o, en todo caso, subordinada a unas estructuras supranacionales que se hallan, en parte y deliberadamente, fuera del alcance de la *praxis* de la democracia representativa, al mismo tiempo que los derechos adquiridos secularmente por la ciudadanía son desplazados peligrosamente hacia los bordes de la acción política, aunque se mantengan dentro del lenguaje político convencional. La “socialización de la personalidad humana” bajo esta “ética neoliberal”, en expresión de Harvey, se nutre de una combinación de “individualismo intensamente posesivo” con el “oportunismo financiero”. La satisfacción personal en un mundo así se rige por el “exceso de consumo” como norma social (Harvey, 2012: 148). Como había dicho premonitoriamente el economista francés Jean-Batiste Say, adelantándose al consumo de satisfacciones de la sociedad de masas del último tercio del siglo XX, “el deseo de adquirir mercancías es infinito” (Pontón, 2016: 608). Se trata de llevar al límite extremo la “revolución ética” que a ojos de Max Weber, evocado por Bourdieu, era representada paradigmáticamente por la figura de Benjamin Franklin y su entusiasmo por el acrecentamiento del capital, asumido como “deber”, que en simbiosis con el “culto del individuo y del individualismo” conforman las bases de “todo el pensamiento económico neoliberal” (Bourdieu, 2002: 24). Ante este debilitamiento de la acción política colectiva se erige un individualismo de “egos adquisitivos” (Jameson, 2015: 137).

Consensos, disensos: ¿hacia el vacío?

El nuevo consenso del capitalismo, cuyo origen se halla en el mundo angloamericano de la revolución neoliberal, visto por Bourdieu, dota de sentido a un orden social donde la “exaltación del dinamismo y la plasticidad” se oponen categóricamente a las arcanas concepciones de la Europa de posguerra. El paradigma de la “flexibilidad”, practicado convincentemente por agentes económicos libres y productivos, eficaces e individuales, se confronta con las “coacciones asociadas a una fuerte seguridad social” (Bourdieu, 2002: 25), vinculadas a la naturaleza política socialdemócrata. Pero el particularismo neoliberal angloamericano se transformó progresivamente en una consumada versión ecuménica de la modernización global. Lo que ha conducido a Edward Luttwak, un “inteligente comentarista conservador”, según Davidson, a advertir acerca de la desafortunada tendencia a imitar de forma incompleta la “versión peligrosamente inestable del turbocapitalismo estadounidense” (Davidson, 2013: 889). De hecho, la extensiva asimilación del modelo angloamericano, o sea, la política económica neoliberal, ha cristalizado jurídica y normativamente en las sociedades noratlánticas, eludiendo de forma sistemática los detalles de las geografías culturales y su propia historicidad. Más concretamente, las narrativas economicistas y tecnocráticas así como su *praxis* política sobre la “reactivación” económica, a ojos de Streeck, abusan de unas exigencias estandarizadas. Sin embargo como sabemos, “el crecimiento económico requiere de condiciones no solo institucionales, sino también socioestructurales y culturales que de ninguna manera se establecen universalmente y mucho menos por resolución ministerial” (Streeck, 2016: 132).

Este esencialismo económico que subestima o rehúye los factores sociales, políticos, culturales y ambientales o de cualquier otra índole, provoca inevitablemente la erupción de los particularismos culturales, precipita estallidos nacionalistas, acrecienta la estratificación cultural, la desigualdad en sus múltiples campos y provoca migraciones forzadas. Pero también exagera la protesta de grupos sociales marcadamente interclasistas e intergeneracionales. Si 1968 fue un “movimiento de gente joven”, la acción política desencadenada tras la onda expansiva del neoliberalismo exhorta la rebeldía intergeneracional (Therborn, 2014:16). Sin embargo,

los disidentes de la izquierda, o simplemente de sectores sociales perturbados por la depresión del Estado social, tienen un adversario en el campo de batalla mucho más sólido y homogéneo. Los argumentos marxianos acerca de la “lucha de clases” son esgrimidos fervientemente por grandes inversores y especuladores del capital financiero, algunos de los cuales no dudan en afirmar que es su clase, “la clase de los ricos, la que está luchando y estamos ganando” (Fontana, 2011: 944). Esta victoria de la revolución neoconservadora podía leerse tempranamente, por ejemplo, en *La rebelión de las élites y la traición de la democracia*, escrita a mediados de la década 90 por el historiador Christopher Lasch. Una persuasiva imagen de los factores que a su juicio debilitaban la política pública norteamericana en aquel momento, y que como podemos observar constituyen tendencias que no han dejado de actuar. Según Lasch, la concentración de la población marginal en los extrarradios urbanos, combinado con la “huida de la industria y de los puestos de trabajo”, generaba a su vez un déficit en la exacción fiscal que recaía sobre las espaldas de las clases medias y populares –junto a una generosa laxitud tributaria de las grandes corporaciones– y, por tanto, un deterioro constante de los “servicios y medios públicos” abocados a desaparecer (Lasch, 1996: 16-17).

Desde 1978 hasta el momento de escribir esto el salario mínimo de los trabajadores estadounidenses se ha hundido un 30 por 100, al mismo tiempo que la demanda es alentada o se mantiene por el mecanismo de acrecentamiento de la deuda de los hogares. Análoga situación se ha estado fraguando en Europa Occidental donde “desde hace treinta años, la parte del ingreso nacional pagada como salario se ha ido contrayendo a favor de los beneficios, y dentro de la porción salarial, cada vez ha ido a parar más a los situados en la cúspide” (Fontana, 2013b). El cuadro social no puede ser más desalentador: las ciudades globales, como afirma Ettlínger, se han transformado, “más que nunca, en centros de extrema riqueza y completa miseria” (Ettlínger, 2014: 102).

A pesar de todo, la sugestiva “idea de la globalización” (rúbrica multiuso, en expresión de Habermas) ha sido sublimada, incluso y desafortunadamente, por la izquierda política “como un proceso evolutivo natural imparible por medios políticos”; por el contrario, para el capital ha supuesto “una salida de la prisión socialdemócrata”. La política pública del Estado-nación, imbricada en las “interdependencias entre la economía y la sociedad globales” ha socavado su “autonomía, su capacidad de acción y sus bases democráticas”. Ahora “los Estados están localizados en los mercados, y los mercados en los Estados” (Streeck, 2017: 39; Habermas, 2000: 123-124). Sin embargo, como puede constatar el ciudadano común, la economía política neoliberal precisa forzosamente del Estado-nación, aunque la premisa de la justicia redistributiva de las políticas sociales de bienestar se haya invertido. Más concretamente, Davidson arguye que dado que el capitalismo se basa en la tan cacareada idea de la competitividad, requiere del cuerpo orgánico de la administración estatal con el fin de “garantizar que los efectos de la competencia sean experimentados en la medida de lo posible” por las mayorías sociales (Davidson, 2008: 36). En este aspecto, nada más significativo que el espectro del desempleo que recorre las economías financiarizadas. Incluso allí donde la tasa de desempleo se ha minimizado, por obra y gracia de prodigiosas reformas legislativas, se ha logrado gracias a una combinación de subempleos con la mencionada retórica de la auto-salvación robinsoniana y una buena dosis de innovación individualista.

De esta manera, la crisis macrosocial es análoga y está circunscrita o imbricada a la crisis de identidad del individuo, en un entorno socioeconómico y cultural en el que “la estructura tradicional del trabajo manual y del empleo industrial” se ha visto abocada a desaparecer (Hobsbawm, 1994: 17). No fue un hecho accidental que durante los primeros años de la década de 1990 surgiera una nueva disciplina o especialidad dentro del cuerpo teórico neoclásico bajo el significativo nombre de “economía de la felicidad”, con el fin de entender los “efectos psicológicos del desempleo” (Davies, 2011: 62). Efectos que en ningún caso, y según Stiglitz, pueden reducirse estrictamente a la “pérdida de recursos” económicos, puesto que sus consecuencias contribuyen de una u otra manera a debilitar, por ejemplo, la autoestima del individuo (Stiglitz, 2016: 56). Yendo más lejos, James Petras ha esbozado una perspectiva dialéctica entre “los fenómenos macropolíticos-económicos” y la “conducta psicológica microsocia” con el fin de arrojar luz acerca de la naturaleza subyacente de los conflictos sociales y sus efectos sobre la salud mental de los individuos. Siguiendo esta interpretación, las pérdidas

materiales infligidas por el desempleo, la inseguridad o denigración laborales no pueden (o no deben) considerarse aisladamente de sus efectos psicosociales: la depresión crónica o las rupturas y violencias familiares, el suicidio o las conductas autodestructivas, constituyen algunos de sus más deletéreos corolarios (Petras, 2003: 13-16). James K. Galbraith no duda en calificar el dominio del Estado por parte de “tecnócratas del Banco Central Europeo y la Unión Europea”, postrados ante los “intereses de los acreedores”, como una “guerra financiera totalitaria” (Hudson, 2016: 347). Una guerra que tiene sus propias víctimas. Tal vez no haya sido un fenómeno episódico que el número de suicidios en Grecia entre los años 2010 y 2012 aumentara un 35 por ciento, mucho más porque éstos podían estar estrechamente relacionados con la “austeridad fiscal” (Stiglitz, 2016: 377). Es así que contra la tendencia esencialista del economicismo, Bourdieu anhela “sacar a la luz la cuestión de los costes de la violencia económica”, partiendo de una reconceptualización o propedéutica de la “economía del bienestar” donde confluyeran “todas las variables que la gente que dirige la economía, y los economistas, dejan fuera de los cálculos más o menos elegantes en cuyo nombre pretenden gobernarnos” (Bourdieu, 1998: 162).

En el actual campo de batalla el “pueblo del mercado”, el *Marktvolk*, acumula victorias esgrimiendo sofisticadas armas financieras muy aisladas de la realidad social y la comprensión del “pueblo del Estado” o *Staatsvolk*, desvelando al mismo tiempo una “nueva relación” muy tensa “entre capitalismo y democracia” (Streeck, 2016: 86-87). Desde que el Estado redujo sus cláusulas en el *contrato social* (a través de la contracción de la esfera pública), el endeudamiento familiar o individual ha sido el principal dispositivo de acumulación de capital, al menos desde el decenio de 1970. Un capital especulativo que rehuyó progresivamente, en interpretación de Wallerstein, la búsqueda de utilidades por medio de la eficiencia productiva, adquiridas ahora mediante “las manipulaciones financieras” de la especulación, cuyo “mecanismo principal” ha sido “alentar el consumo por medio del endeudamiento” (Wallerstein et al., 2015: 39).

Sin embargo, incluso cuando las condiciones existenciales, individuales y colectivas, de las sociedades financiarizadas se han visto limitadas por un orden político económico acumulativo y elusivo de la protección pública, la resignación y la aquiescencia prevalecen sorprendentemente con excesiva frecuencia. Una sobre dosis de hegemonía, en el sentido más tradicional del término gramsciano, ha sido inoculada en las sociedades actuales. Mientras que durante la espectacular expansión del primer capitalismo norteamericano a mediados del siglo XIX los “magnates ladrones” formaban parte de la “demonología de demócratas y populistas” (incluso, como advertía Hobsbawm en 1975 eran todavía “parte reconocible del mundo de los negocios”), actualmente la lista de los millonarios (la segunda generación de “Robber Baron” en palabras de Paul Krugman (Krugman, 2016), recurrentemente publicada por medios e informes funcionalistas, es recibida como una epifanía de la prosperidad de la economía global ante una cierta pasividad y complicidad crónica de los medios de comunicación, así como de un amplio espectro político y social. “Ahora –afirma Fredric Jameson– ya no hablamos de monopolios, sino de corporaciones transnacionales, y los magnates saqueadores de antaño se han transmutado en grandes financieros y banqueros, desindividualizados por las enormes instituciones que gestionan” (Jameson, 2015: 137). La legitimación social de la desigualdad económica imperante, o de cualquier otra condición se reproduce, de esta manera, por la propia corrosión de la esfera política.

Su corrosión puede darse incluso bajo el marco del Estado de derecho con gobiernos elegidos democrática y legítimamente; sin embargo, bajo la apariencia de normalidad democrática subyace la compra de la “elección pública” por parte de los intereses de un reducido segmento de millonarios y sus *think tank* que, al mismo tiempo, prodigan operaciones filantrópicas con la finalidad de cubrir el vaciado sistemático de la “provisión pública” en buena medida minada por la continua elusión tributaria de la que son beneficiarios (Streeck, 2017: 46). Los ultraconservadores estadounidenses hermanos Koch no dudan en entregar generosas cantidades económicas para dignas causas sociales como por ejemplo la construcción de guarderías, mientras que simultáneamente prodigan sin reparos a movimientos políticos en el Congreso estadounidense que “recorta los bonos de comida y deniega las ayudas sociales, los suplementos de nutrición y los servicios de guardería a millones de personas que viven en una situación de pobreza absoluta o muy próxima a ella” (Harvey, 2014: 292-293).

Al mismo tiempo que amplios sectores sociales y políticos nominalmente situados en el flanco izquierdo no consideran la munificencia una amenaza a los debilitados sistemas públicos de bienestar sociales (por no mencionar el “vulgar antiestatalismo que caracteriza a gran parte de la izquierda contemporánea”) (Harvey, 2017:318), un descendiente de un plutócrata al frente de una organización benefactora afirma que la “caridad” mantiene, como siempre ha sucedido, “la estructura existente de la desigualdad en su lugar” (Buffett, 2013), con lo que de paso evoca las palabras del creador del teatro dialéctico, el poeta alemán Bertolt Brecht: “al mundo así no se le cambia, las relaciones entre los hombres no se hacen mejores”, pronunciadas en el borde del precipicio de su exilio tras la aparición de los espectros del fascismo y el nazismo en Europa.

Es plausible afirmar, por tanto, que aquellas contratendencias políticas que pretendan subvertir el pensamiento y el orden hegemónicos deberán proceder de una movilización social que, vista por el eminente economista Anwar Shaikh, sea lo “suficientemente potente para hacer frente a la Gran Recesión actual sin tener que recurrir a la guerra”. Es un problema de orden global, “porque el paro, la pobreza y la degradación medioambiental son globales”; pero la acción política de la movilización social, “por su propia naturaleza, es local” (Shaikh, 2011:56-58). Sin embargo, las contradicciones entre la autonomía local y las instituciones de la economía global difícilmente pueden resolverse a favor de la emancipación comunitaria cuando ésta se halla debilitada. Paradójicamente, al mismo tiempo que la política convencional del Estado-nación queda subvertida por las estructuras de poder transnacionales del capitalismo financiarizado, el “localismo y la autonomía local” se difunden pródigamente (en absoluto ingenuamente), “como si la experiencia de las relaciones de poder – afirmaba hace cuatro décadas Sennett– fuesen a tener un significado humano mayor cuanto más íntima sea la escala” (Sennett 2011: 415-416). Aun así, podemos concluir con las esperanzas fundadas de Touraine acerca de que siempre permanecen cesuras entre las estructuras de poder del capitalismo financiarizado global y nuestras vidas personales por las que brota el espacio político “que en modo alguno se encuentra vacío” (Touraine, 1999: 30).

Referencias:

Anderson, Perry (1992): *Campos de batalla*. Barcelona: Anagrama.

Balakrishnan, Gopal (2017): “El contraataque de Occidente. La modernidad alternativa de la derecha de entreguerras”, *New Left Review* n.104 mayo/junio (2ª época), pp.23-49.

De Sousa Santos, Boaventura (2003): *Crítica de la razón indolente. Contra el desprecio de la experiencia. Para un nuevo sentido común: la ciencia, el derecho y la política en la transición paradigmática*. Vol. I, Bilbao: Desclée de Brouwer.

Boldizzoni, Francesco (2013): *La pobreza de Clío. Crisis y renovación en el estudio de la historia*, Barcelona: Crítica.

Boltanski, Luc y Chiapello, Ève (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid: Akal.

Bourdieu, Pierre (1998): “Una utopía razonada contra el fatalismo económico”, *New Left Review* n. 227, enero/febrero (1ª época), pp. 156-162.

Bourdieu, Pierre (2002): *Las estructuras sociales de la economía*, Buenos Aires: Manantial.

Bickerton, Emile (2015): “Culture after Google”, *New Left Review* 92, mar/apr (2ª época), pp. 145-154.

- Buffett, Peter (2013): "The Charitable-Industrial Complex", *The New York Times*, July 26, 2013. Disponible en: <http://www.nytimes.com/2013/07/27/opinion/the-charitable-industrial-complex.html>
- Bull, Malcolm (2006): "Estados del fracaso", *New Left Review* 40, sept/oct (2ª época), pp.5-23.
- Bull, Malcolm (2016): "Ablandar el Estado", *New Left Review* 100, sept/oct (2ª época), pp. 39-59.
- Burke, Edmund (1800): *Thoughts and Details on Scarcity*, London: Printed for F. and C. Rivington.
- Carreras Ares, Juan José (2000): *Razón de historia. Estudios de historiografía*, Marcial Pons: Madrid.
- Chomsky, Aviva (2017): "How (Not) to Challenge Racist Violence", Monday, August 21, 2017 en Common Dreams. Disponible en: <https://www.commondreams.org/views/2017/08/21/how-not-challenge-racist-violence>
- Crouch, Colin (2011): *The Strange Non-Death of Neoliberalism*, Cambridge: Polity Press.
- Davidson, Neil (2008): "Nationalism and Neoliberalism", *Variant* 32, pp.36-38.
- Davidson, Neil (2013): *Transformar el mundo*, Barcelona: Pasado&Presente.
- Davidson, Neil (2016): "Crisis neoliberalism and regimes of permanent exception", *Critical Sociology*, 43(4-5); pp. 615-634.
- Davies, Williams (2011): "La economía política de la infelicidad", *New Left Review* 71, nov/dic (2ª época), pp.59-73.
- Davis, Mike (2002): *Dead Cities and Other Tales*, Nueva York: The New Press.
- Davis, Mike (2015): "La teoría perdida de Marx. La política del nacionalismo en 1848", *New Left Review* 93, jul/ago 2015 (2ª época), pp.55-78.
- Durkheim, Émile (1908): "Débat sur l'explication en histoire et en sociologie" en Bulletin de la société française de philosophie, 8. Disponible en: http://classiques.uqac.ca/classiques/Durkheim_emile/textes_1/textes_1_09/histoire_socio.html
- Durkheim, Émile (2001): *La división del trabajo social*, Madrid: Akal.
- Ettlinger, Nancy (2014): "El paradigma de la apertura", *New Left Review* 89, nov/dic 2014, pp. 97-110.
- Fontana, Josep (2011): *Por el bien del Imperio*, Barcelona: Pasado&Presente.
- Fontana, Josep (2013a): *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona: Crítica.
- Fontana, Josep (2013b): "Después de la crisis", *Sinpermiso*, 22 septiembre 2013. Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/despues-de-la-crisis>
- Fontana, Josep (2017): *El siglo de la Revolución*, Barcelona: Crítica.
- Fraser, Nancy (2013): "¿Triple movimiento? Entender la política de la crisis a la luz de Polanyi", *New Left Review* 81, jul/ago, pp. 125-139.

- Fraser, Nancy (2014): "Tras la morada de Marx. Para una concepción ampliada del capitalismo", *New Left Review* 86, pp. 57-76.
- Gramsci, Antonio (1967): *La formación de los intelectuales*, México D.F.: Grijalbo.
- Gramsci, Antonio (1981): *Cuadernos de la cárcel*, México: Ediciones Era, Tomo 1, Q 1, (Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana).
- Habermas, Jürgen (1999): *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Catedra.
- Habermas, Jürgen (2000): "El Estado-nación europeo y las presiones de globalización", *New Left Review* 1, (2ª época), pp. 121-134.
- Habermas, Jürgen (2013): "Democracia o capitalismo", *Nueva Sociedad* 246, julio agosto, pp. 32-46.
- Harvey, David (2017) *El cosmopolitismo y las geografías de la libertad*, Madrid: Akal.
- Harvey, David (1998) *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Argentina: Amorrortu editores.
- Harvey, David (2008) *París, capital de la modernidad*, Madrid: Akal.
- Harvey, David (2012) *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, Madrid: Akal.
- Harvey, David (2014) *Seventeen Contradictions and The End of Capitalism*, Great Britain: Profile Books.
- Hirschman, Albert O. (1994): "La conexión intermitente entre el progreso político y el económico", *Estudios Públicos* 56, pp. 5-14.
- Hirschman, Albert O. (2014): *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo*, Madrid: Capitán Swing.
- Hobsbawm, Eric (1994) "Identidad", *RIFP* 3, pp.5-17.
- Hobsbawm, Eric (1995): *Historia del siglo xx*, Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, Eric (2011): *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*, Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, Eric (2016) "Pierre Bourdieu. Sociología crítica e historia social", *New Left Review* 101, no/dic 2016, pp. 41-52.
- Hobsbawm, Eric (2000): "La izquierda y la política de la identidad", *New Left Review* 0, (2ª época), pp. 114-125.
- Hobsbawm, Eric (2003): *La era del capital, 1848-1875*, Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, Eric (2013): *La era del Imperio, 1875-1914*, Barcelona: Crítica.
- Hudson, Michael (2010): "El Sur tiene que prescindir del modelo del Norte. ¿Adónde va la economía mundial?", *Sinpermiso*, 26 de noviembre 2010. Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/el-sur-tiene-que-prescindir-del-modelo-del-norte-adnde-va-la-economia-mundial>

- Hudson, Michael (2015): *Killing the Host. How Financial Parasites and Debt Bondage Destroy the Global Economy*, CounterPunch.
- Hudson, Michael (2016): “La destrucción de Grecia y el futuro de Europa” en *Revista de Economía Internacional*, vol. 18, 35, pp.345-352.
- Jameson, Fredric (1991): *Posmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism*, London-New York: Verso.
- Jameson, Fredric (2015): “La estética de la singularidad”, *New Left Review* 92, may/jun, pp. 109-141.
- Kahneman, David (2012): *Pensar rápido, pensar despacio*, Barcelona: Penguin Random House.
- Kalecki, Michał (1943): “Political Aspects of Full Employment”, *Political Quarterly*, V.14, Issue4, October 1943, pp. 322-330.
- Krugman, Paul (2016): “Robber Baron Recessions”, *The New York Times*, April 18, 2016. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/04/18/opinion/robber-baron-recessions.html>
- Krugman, Paul (2017): “Why Don't All Jobs Matter?”, *The New York Times*, April 17, 2017. Disponible en: <https://mobile.nytimes.com/2017/04/17/opinion/why-dont-all-jobs-matter.html>
- Laclau, Ernesto (2009): “Populismo: ¿qué nos dice el nombre?”, en F. Panizza: *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 51-70.
- Lasch, Christopher (1996): *La rebelión de las élites y la traición de la democracia*, Barcelona: Paidós.
- Luttwak, Edward (2000): *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*, Barcelona: Crítica.
- Mann, Michael (2000): “Orígenes de la diversidad de los movimientos de la clase obrera en la Europa del siglo XX”, *New Left Review* n. 0, (2ª época), pp. 47-96.
- Mair, Peter (2013): *Ruling the Void. The Hollowing of Western Democracy*, London-New York: Verso.
- Marx, Karl (2010): *El Capital. Crítica de la economía política*, vol. 1, Madrid: Siglo XXI.
- Nakazawa, Nobuhiko (2010): “The Political Economy of Edmund Burke: A New Perspective”, *Modern Age. A conservative Review*, vol. 52, 4, pp.285-292.
- Petras, James (2003): “Neoliberalismo, resistencia popular y salud mental”, *Barbecho, Revista de Reflexión Socioeducativa* 2, pp.13-16.
- Pontón, Gonzalo (2016): *La lucha por la desigualdad*, Barcelona: Pasado &Presente.
- Sánchez Parga, José, “Manuel Castells, Redes de indignación y esperanza, Alianza Editorial, Madrid, España, 2012”, *Polis* 35, 2013, Publicado el 28 agosto 2013. Disponible en: <http://journals.openedition.org/polis/9101>
- Sennett, Richard (2006): *The culture of the new capitalism*, Yale University Press New Haven & London.
- Sennett, Richard (2011): *El declive del hombre público*, Barcelona: Anagrama.

- Shaikh, Anwar (2011): "The First Great Depression of the 21st Century", *Socialist Register: The Crisis This Time*, vol. 47, pp. 44-63.
- Stiglitz, Joseph (2016): *Cómo hacer que funcione la globalización*, Barcelona: Penguin Random House.
- Stiglitz, Joseph (2016): *El euro. Cómo la moneda común amenaza el futuro de Europa*, Barcelona: Penguin Random House.
- Streeck, Wolfgang (2012): "Citizens as customers, Considerations on the New Politics of Consumption", *New Left Review* 76 july/aug; pp.27-47.
- Streeck, Wolfgang (2014a): "The Politics of Exit", *New Left Review* 88 july/aug, pp. 121-129.
- Streeck, Wolfgang (2014b): "How Will Capitalism end?", *New Left Review* 87, may/june, pp. 35-64.
- Streeck, Wolfgang (2017): *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- Streeck, Wolfgang (2011): "Las crisis del capitalismo democrático", *New Left Review* 71, nov/dic, pp.5-26.
- Streeck, Wolfgang (2016): *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Madrid: Katz
- Therborn, Göran (2014): "¿Nuevas masas críticas? Las bases sociales de la resistencia", *New Left Review* 85, marz/abril, pp.5-17.
- Touraine, Alain (1999): *¿Cómo salir del liberalismo?*, México: Paidós Mexicana.
- Von Hayek, Friedrich (2010): *La fatal arrogancia. Los errores del capitalismo*, Madrid: Unión Editorial.
- Wallerstein, Immanuel et al. (2015): *¿Tiene futuro el capitalismo?*, México D.F.: Siglo XXI.
- Žižek, Slavoj, *Occupy: Scenes from Occupied America*, Verso, 2011.